

**NUESTROS
CORRESPONSALES**

Roma

Buenos Aires

Bruselas


**PARÍS
PEDRO
QUIÑONERO**

Rabat

Nueva York

Jerusalén

Lisboa

México

Washington

Berlín

Atenas

Londres

Berlín

Pekín

Viena

Estocolmo

españolas que entraron en Portugal hace años. Se siente español de Portugal, y ni se le pasa por la cabeza salir del país vecino. Considera que hoy en día no hay muchos más europeos en Lisboa que los que había antes de la entrada en la UE, cree que las empresas españolas que estaban en crisis en los años 90 y vinieron a Portugal hicieron mucho daño a la imagen de España y asegura que desde hace dos años han mejorado mucho las relaciones con el mayor flujo de turismo entre los dos países. «Europa? «Como empresario, es una suerte la moneda única y la facilidad que tenemos ahora para entrar en otro país».

Viajes eternos

Jorge Saurfachen llegó a Lisboa con sólo tres años. Su padre, ingeniero, trabajaba en Suecia, donde nacieron sus tres hijos, y fue a Lisboa para ser secretario de la Cámara de Comercio luso-española, cargo que ocupó durante treinta años. Jorge, María y Cristina estudiaron en el Colegio de la Beneficencia (un centro español), recuerda especialmente el 25 de abril —«en nuestra casa un militar nos pidió que bajásemos las persianas por precaución»— y el día que quemaron la Embajada de España tras los fusilamientos ordenados por Franco. «Mi padre decidió mandarnos a Madrid por precaución». Los viajes a España (donde Jorge estuvo estudiando) eran eternos: «Al llegar a la frontera te revisaban el pasaporte la Guardia Nacional Republicana portuguesa y la Guardia Civil española». Con los escudos y las pesetas «perdíamos mucho dinero en los cambios. Teníamos controlados dos o tres puntos a cada lado de la frontera».

Antes de la entrada en la UE, Jorge y sus hermanas traían tabletas de chocolate cada vez que iban a España porque «eran más grandes y baratas... La programación en la televisión portuguesa era más triste y apenas se salía por la noche; difícilmente encontrabas una mujer si no era acompañando al novio». Hoy Lisboa ya se ha modernizado. Y a pesar de que actualmente hay más españoles en Portugal, «ya no existe tanta conexión entre las familias españolas como antes». Considera que la UE es necesaria, «aunque quedan muchas cosas por tratar»; y se alegra especialmente de la moneda única porque, «pese a que lo precios subieron, es más fácil comprar y vender entre países». Jorge vive en Lisboa con Inma, su pareja, y la hija de ambos, Inés, y es uno de los socios de INEDEM, un centro de estudios para el desarrollo empresarial. Sus hermanas y sus padres tampoco han abandonado Portugal. ■

París

Adiós a la bohemia

Una ciudad tan literaria como París desconcertaría hoy a quienes fueron notarios y protagonistas, reales o ficticios, de su historia.

El inmigrante ha sustituido al exiliado, al bohemio y al maldito

TEXTO Y FOTO: **PEDRO QUIÑONERO**

Entre la calle de los Solitarios, donde don Pío Baroja instaló su legendario Hotel del Cisne, y la calle de Belleville, indisociable de Edith Piaf y Maurice Chevalier, entre otros monstruos parisinos, el viejo París, heredero de las insurrecciones populares y los desterrados españoles que buscaban cobijo a la espera del próximo pronunciamiento revolucionario, ha sido suplantado por un París mestizo de inmigrantes surafricanos, desterrados vietnamitas, prófugos bereberes, profetas de oscuras religiones animistas, mercadillos de ropas usadas, oficinas de sectas hindúes o baños públicos para señoras musulmanas...

La novela más o menos surrealista El Hotel del Cisne, que Baroja sitúa en los Solitarios, fue transcrita a máquina por Miguel Pérez Ferrero, corresponsal de ABC en París, el periodista que mejor conoció aquella ciudad literaria en sus distintas épocas, y es un testimonio onírico de una urbe desaparecida, hundida en el océano insondable del tiempo. De

la ciudad mísera, indisociable para Baroja de los héroes de Eugène Sue, de Balzac y la Comuna, queda en la calle de los Solitarios la oficina cerrada de una secta religiosa y un baño comunal: el desierto urbano ha suplantado la vieja ciudad en ruinas por otra nueva, con el alma amenazada de algunas macetas de geranios.

Los personajes barojianos de su fábula surrealista estaban condenados a caer en la calle de Belleville, tan parisina como Menilmontant. Calles en otro tiempo suburbanas, tan próximas al cementerio donde el más célebre de los personajes de Balzac pronuncia su célebre desafío. Don Pío conocía el lugar, fascinado por sus anarquistas mucho más reales de lo que pudiera imaginarse. Todos se perdieron en el torbellino de una ciudad difunta. La niña del arrabal (Piaf), el chulo de barrio (Chevalier), el anarquista (Ferrer Guardia), la mujer de leyenda (la Dama del Alba), el novelista en busca de sí mismo (don Pío) se perderían hoy en los mercadillos de incontables sabores, colores y profecías. ■



Hoy es un rincón del trópico, pero aquí instaló don Pío Baroja su legendario Hotel del Cisne